

ojos de un cristiano no hay claridad mas dulce que la aurora de estas grandes lumbreras, cuyo destino es iluminar los cielos y la tierra.

CAPÍTULO III.

Que antes de casarse tuvo santa Isabel que padecer por amor de Dios.

Euntes ibant et flebant, mittentes semina sua. Venientes autem venient cum exultatione, portantes manipulos suos.

(Psalm. cxxv, 6).

Apenas cumplió Isabel nueve años, cuando murió el padre de su prometido, el duque Hermann. Una noche habia este visto en sueños que los cadáveres de los ajusticiados, que se hallaban colgados en el sitio destinado para las ejecuciones, se transformaban en vírgenes vestidas de blanco, y formándose en procesion con la Virgen y santa Catalina á la cabeza (el Duque era muy devoto de esta Santa), se dirigian hácia la cama donde dormia el Landgrave, á quien dijeron así: «Es menester que en este mismo sitio nos edifiques una casa; que la hagas habitar por vírgenes consagradas

«á nosotras; y, hecho esto, dentro de poco «te traerémos á nuestro lado.» El Duque puso fielmente por obra este mandato, haciendo edificar en el sitio designado un convento de monjas bajo la advocacion de santa Catalina, dándole por primera abadesa á la jóven Imagina, duquesa viuda de Brabante, y escogiéndole para sepultura suya y de sus descendientes ¹. Despues de lo cual, el Duque murió y fue enterrado (1216), segun lo habia dispuesto.

Entró á heredar á su padre el primogénito Luis, que apenas tenia diez y seis años: sus dos hermanos segundos, Enrique Raspon y Conrado, recibieron cada uno su infantazgo y el gobierno de una parte de los Estados del Landgrave, segun los usos de la casa de Turingia.

Para Isabel fue una desgracia la muerte del duque Hermann. El piadoso é ilustrado Príncipe la habia amado constantemente á causa de su ejemplar y temprana piedad, tratándola como á hija propia y haciéndola respetar de todos; de suerte que nadie se atrevió, durante su vida, á ponerle ningun

¹ El duque Juan Gorge II hizo de este convento un teatro. Hoy es una posada que se llama *Zum Stern*.

obstáculo en sus prácticas religiosas. Pero, muerto el Duque, ya no fue lo mismo. Es verdad que Luis, á quien ella miraba como á esposo y señor, era soberano del país; pero su tierna juventud le tenia aun en cierto modo bajo la dependencia de la duquesa viuda, su madre Sofía, hija del célebre Oton de Wittelsbach, duque de Baviera. Esta Princesa no miraba con buenos ojos tan grande devocion en una niña, y no perdía ocasion de dárselo á entender á Isabel. Por su parte tambien la jóven Inés, hermana de Luis, educada como dijimos en compañía de Isabel, mas sensible por efecto de su singular hermosura á las vanidades del mundo, la reprendia á cada paso en términos duros por su método de vida retirada y humilde, diciéndole sin ceremonia que no servia sino para doncella ó criada. Las demás señoritas nobles, compañeras de las dos Princesas, viendo que Isabel mostraba cada vez menos aficion á los juegos de su edad, al baile, á la frivolidad y atolondramiento, repetian los sarcasmos de Inés, y se burlaban de ella en su cara. Y por último, las personas de mas viso de la corte ducal, echando á rodar los miramientos debidos á su régia stirpe, á su sexo y

tierna edad, no escrupulizaban en mortificarla con sus burlas é injuriarla públicamente, diciéndole que de todo tenia trazas menos de princesa.

Es verdad que Isabel no ocultaba la repugnancia que sentia cuando se hallaba en medio de las jóvenes condesas y nobles señoritas que le habian dado por compañeras, al paso que buscaba con preferencia la sociedad de muchachas de humilde esfera, hijas de familias medianas de Eisenach, y aun la de sus propias criadas, gustándole sobre todo la de las niñas pobres, á cuyas madres socorria ella con sus limosnas. Tanto mas dulce le era esta clase de compañeras, cuanto mas injurias le ocasionaban; sin que por ello diese cabida en el corazon á ningun sentimiento de orgullo, ni se mostrara enfadada ni ofendida. Supo convertir esta primera prueba de la injusticia de los hombres y de las miserias del mundo en un nuevo lazo entre Dios y ella, y en un nuevo motivo para amar y servir al Señor. Como lirio entre espinas, dice uno de sus historiadores, la inocente Isabel germinaba y florecia en medio de las amarguras, y esparcia en derredor de sí el dulce y fragante aroma de la paciencia y humildad.

De esta humildad dió por entonces un notable ejemplo, que todos los historiadores de su vida han referido cuidadosamente. Era el día de la Asuncion, día de grandes indulgencias en las iglesias dedicadas á la Virgen, y destinado para la ofrenda de los granos y frutas del año. La Duquesa dijo á Inés é Isabel: «Bajemos á Eisenach é irémos á la iglesia de Nuestra Señora á oír la hermosa misa de los caballeros Teutónicos que honran hoy á la Virgen de una manera especial; quizás habrá también sermón sobre el misterio del día. Os pondréis vuestros mejores vestidos para ir allá, sin olvidaros de las coronas de oro.» Cumplida esta orden por las Princesas, bajaron á la ciudad en compañía de la Duquesa; y habiendo entrado en la iglesia, se arrodillaron en un situo situado enfrente de un gran Crucifijo. Apenas fijó Isabel sus ojos en la imagen del Salvador moribundo, cuando se quitó de las sienes su corona de oro, y dejándola sobre el banco, se inclinó profundamente hasta besar el suelo, sin otro adorno en la cabeza que su cabellera. Al ver esto la Duquesa, le dijo con aspereza: «¿Qué significa esto, Isabel? ¿Qué extravagancia es esta? ¿Quereis ser el haz-

«mereir de todo el público? Las señoritas «deben guardar una postura decente: es o «de echarse en el suelo es cosa de locas ó «de monjas viejas, que se dejan caer como «matalon cansado. ¿Por qué no os poneis «como nosotras, en vez de imitar á las mu- «chachas mal educadas? ¿Será que os pesa «mucho la corona? ¿Á qué conduce el po- «nerse ahí encorvada como un palurdo?» Incorporóse entonces Isabel, y respondió á la Duquesa: «Amada señora, no lleveis á «mal esta accion mia. En presencia de mi «Dios, el misericordiosísimo Jesús, mi Rey, «coronado de agudas espinas, ¿cómo que- «reis que yo, miserable criatura, perma- «nezca con mi corona de oro, perlas y dia- «mantes? ¿No fuera mi corona una irrision «de la suya?» Dicho esto prorumpió en amargo llanto, porque ya el amor de Cristo habia herido su tierno corazon. Pero volvió á reclinarse como antes; dejó decir á su madre y hermana cuanto quisieron, y continuó su oracion con tal fervor, que la punta de su manto, con la cual se cubria el rostro, quedó empapada en lágrimas. Las dos Princesas, á fin de no escandalizar al público con aquel sensible contraste, tuvieron que imitar á Isabel y cubrirse los

ojos con el manto; lo cual, añade el cronista, *hubieran ellas excusado de muy buena gana.*

Rasgos de esta especie no podían menos de exacerbar el odio que Isabel inspiraba á las almas mundanas; odio y aversion que se propagaba mas cada dia á medida que la Princesa crecía, y que, al llegar á la edad núbil, se convirtió en una explosion general de persecuciones y de injurias en toda la corte de Turingia. Los deudos del Landgrave, consejeros, magnates, todos se declararon contra ella; decían en alta voz que era preciso devolvérsela á su padre y desentenderse de la palabra empeñada del casamiento; que semejante *beatona*¹ no era á propósito para su Príncipe, á quien le es-

¹ *Béguine* dice el original. En la primera mitad del siglo XIII, precisamente en tiempo de santa Isabel, tuvieron origen en la mayor parte de las ciudades de Francia y Alemania las corporaciones de vírgenes ó viudas llamadas de *béguines*, que hacían los votos monásticos excepto el de clausura. Permanecían en sus casas ó formaban barrios llamados *béguinages*, por el estilo de los que todavía hoy se ven en Gante y Brujas. Muy luego tomaron estas beatas por patrona á santa Isabel convirtiéndose así en título de gloria para la humilde Princesa el apodo que sus enemigos le dirigían como una injuria.

taba mejor enlazarse con una princesa de los Estados vecinos que pudiera en caso de necesidad sacarle de sus apuros y auxiliarse; mientras que el padre de Isabel se hallaba á mucha distancia para poder hacer lo mismo, por cuya razon tambien no habia que temer su enojo, dado que se ofendiera por el desaire que querían hacer á su hija; fuera de que, parecia tenerla ya olvidada, cuando no se acordaba de remitir el suplemento de dote prometido por su madre. Los amigos íntimos del jóven Duque le exhortaban á abandonarla y devolverla al Rey de Hungría, so pretexto de que era una jóven demasiado reservada y tímida; la Duquesa viuda la hostigaba sin cesar para que se entrara en cualquier convento de monjas y tomara el velo; hartábala Inés mas que todos de injurias y dictérios, repitiéndole sin cesar que habia errado la vocacion de fregona. Y á propósito de esto, le dijo un dia: «Isabelita, estás muy equivocada si crees que mi señor hermano ha de casarse contigo, á menos de que te vuelvas muy otra de lo que eres.»

Tales eran las cosas que Isabel se oía decir todos los dias. La amargura de su situacion la afectó profundamente; pues casi

niña todavía , se encontraba ya sin amparo, sin amigos , sin humano consuelo, como desterrada de su patria , privada del apoyo de su padre, en medio de una corte extranjera, expuesta sin defensa á la insolencia y persecucion de los enemigos de Dios y suyos. Mas por aquí vino en mas cabal conocimiento de que su vida no debia ser sino una peregrinacion en este mundo deleznable: recurrió á Dios , y abriéndole su corazon en el silencio de la soledad, le confió todas sus angustias. Procuraba renunciar por entero su voluntad y unirla perfectamente con la voluntad de su Padre celestial, á quien suplicaba se dignase cumplir en ella esta voluntad adorable por cuantas pruebas fuesen de su soberano agrado. Y cuando de esta suerte recobraba á los piés del Crucifijo la paz y serenidad del corazon, corria á reunirse con sus criadas y con las niñas de los pobres, sus predilectas compañeras, y las acariciaba con mas cariño que nunca, lo cual por otro lado redoblaba, como era natural, la cólera y los sarcasmos de los cortesanos.

Al llegar á este punto de su narracion, uno de los historiadores la interrumpe y exclama:

«¡Oh amada santa Isabel! Yo venero tu
«virtuosa juventud y siento tus persecu-
«ciones y desprecios. ¡Ojalá que mis pri-
«meros años hubieran pasado con la san-
«tidad de los tuyos, y hubiera imitado tu
«paciencia en las contrariedades! Suplico-
«te, por tu dichosa puericia, que me alcan-
«ces el perdon de las malicias de la mia; y
«por tu heróica paciencia, el perdon de mis
«impaciencias y demás faltas ¹.»

CAPÍTULO IV.

*De cómo el jóven duque Luis permaneció fiel
ó santa Isabel y se desposó con ella.*

Laetare cum muliere adolescentiae tuae...
In amore eius delectare iugiter.

(Prov. v, 18, 29).

El Dios justo que habia acogido las oraciones y lágrimas de su hija Isabel, no tardó en premiar su paciencia y sumision. El jóven duque Luis era el único que no habia participado de las prevenciones de toda su corte contra ella, y á pesar de lo que todos maquinaban y querian, guardó caballerosa y cristiana fidelidad á aquella á

¹ P. Martin à Kochem, pag. 806.